

FRAGMENTOS DE DIARIO

JAIME GARCIA MAFFLA*

Trenzaba las redes. Era el amanecer. Llovía. En el color rojizo de las aguas del río las sombras de las olas se hacían semejantes a peces. Soñaba que eran peces. Entonces, luego de estar finalmente trezada, lanzó la red hacia las sombras móviles. Cayó la red y a pesar de las pesas no se hundía. En un momento imaginó que el verdadero pescador era el río y la red lo pescado, ella ahora la esclava de las aguas. Escapó de sus manos y fue alejándose lo mismo que una hoja y bajo ella las sombras como peces. Había cesado de llover. Miró sus manos, libres ya para siempre.

A: Ramón de Zubiría

Sé que existió una flor cuyos pétalos eran de todos los colores. Creció en el extremo de un húmedo jardín, cerca de un muro cubierto por el mohó y, además, el resto de las flores la hacían invisible. Únicamente un pájaro, anciano ya, sabía de ella. Yo no podía volar y permanecía a su lado el día entero hasta el atardecer, cuando desaparecen todos los colores, cuando los pétalos y las alas se cierran.

Quando oía una voz que me llamaba, me hacía oídos sordos y corría al encuentro de mi voz. Entonces meditaba y miraba el espacio. Meditaba en mi huida y en el hallazgo de mi propio interior, del cual salían las voces.

*Profesor en la carrera de Literatura. Depto. de Literatura y Lingüística, Facultad de Ciencias Sociales, U. Javeriana.

Sueños azules sobre un vaso y el movimiento de la mano. Imágenes nacidas en la infancia como si fueran un ramo de claveles igual a la alegría. Ojos que se han inclinado para no contemplar más la vida. Entonces los claveles están dentro.

¿Cuántos ensayos, cuántas vacilaciones? Han pasado las horas, tres tal vez, y ahora nada sé, únicamente que es imposible mantener el impulso. Había un reloj que no daba las horas y sin embargo, su dueño fijaba la mirada en él a cada instante; se sentía así confiado y podía desplazarse por el día. Lo tenía colocado en un lugar en el cual nadie más podía mirarlo. Sólo él, y el reloj, así inmóvil, marcaba las horas para la eternidad.

La hoja desprendida dialogó con la hierba: ¿De qué te sirve haber sentido el vuelo si ahora has de morir? Respondió ella que no, que ya había muerto cuando inició ese vuelo.

Ahora debo dormir. ¿Qué soñaré? Quisiera no soñar. O tal vez sí: quisiera que mi sueño fuera estar soñando.

Esta melodía viene de muy lejos. Es una flauta. Qué paz interior debe tener quien la toca. Qué paz y qué serinidad, sobre todo para haber pasado tantas y tantas horas de ejercicio y de silencio en torno a sí. Acaso una mujer, con la cual nada más tendrá que comunicarse con los ojos, cuide de él. Tal vez alguna planta detrás del pentagrama, si es que no toca de memoria. Por la belleza y por la suavidad debe ser alguien que no tuvo escuela. ¿Qué edad tendrá? La oigo, la he oído siempre; cuando termine la seguiré oyendo.

¿Cuántas veces se ha puesto delante de la tela en blanco? La tiende sobre

el piso, toma el pincel e imagina el dibujo. Lo crea y lo dispone sin mover uno solo de sus dedos. La tela sigue en blanco. En realidad es en su corazón, en lo que habrá de ser el presagio de su vida, donde se guardarán grabadas las figuras. El pincel sigue allí, y nadie sabe cómo se ha humedecido.

Amanecer cubierto por la niebla. Hace frío, tanto frío... La hierba húmeda es todavía más quieta. Un libro abierto. Los objetos aún entre lo gris, todavía están en los dominios del sueño, pero hay luz. Sería posible imaginar un Caballero aprestándose, o ya en su penitencia. De todos modos, vuelto completamente al reino de este mundo. Por la llovizna, que también es niebla, todas las aves callan. No es que se hayan guardado sino que hacen parte del sigilo. Las cosas todas, para sí mismas, se han vuelto subjetivas. ¿Sonará una campana?

En la vigilia cae la desesperanza lo mismo que una lluvia finísima vista tras el cristal. Y vienen los temores, uno por cada cosa y cada hora, uno por cada ser que parecería estar deshaciéndose. Dependemos de ellos. Mejor es no mirarlos y dejar; dejarlos a su suerte, dejarnos a su suerte.

Es el refugio de unas pocas líneas, al trazarlas despacio. Todo es imaginario, pero también sentido de la manera más intensa, aún dolorosa. Y el refugio se vuelve descampado, un desierto sin fin y sin comienzo y un desvelo que pone de presente la extrañeza. Así y todo, siguen siendo el refugio y el único lugar. Parece como si en él se unieran varias vidas, el pasado, el presente y el futuro, como los varios

El guerrero y la flor, la herida y la caricia. Una canción, entonces, al oído. Alguna confesión para el final.

seres que a un mismo tiempo viven en el interior nuestro. Entonces nos miramos en ellas y sólo en ellas podemos encontrarnos.

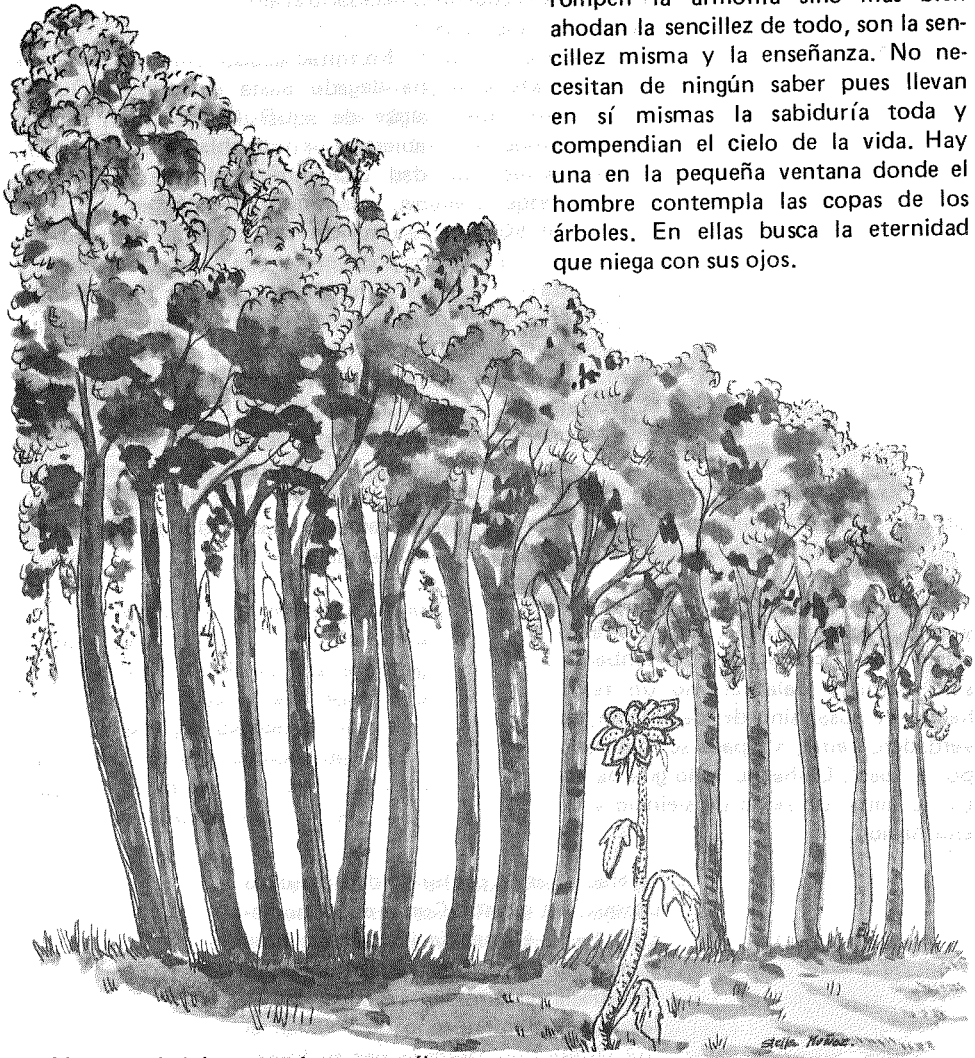
De la nada a la nada, de una mirada a otra, igual que el polen de una a otra planta. De un ángel a otro ángel, único vuelo para el cual no es necesario el aire.

En mitad de este único instante que ha llegado hasta el fondo. ¿Qué se sigue de aquí? Parecería un camino abierto por la niebla. Niebla y oscuridad. Dar un paso, diríase o querría, y un instante que tiene en su poder resumir la vida entera. Pero cuanto hay delante es la dureza del negro y es el hielo del gris. Los ojos se abren hacia las formas de todo aquello que carece de forma, y en las manos se siente como una nube cargada de la más fuerte lluvia. Es un instante único y lo es por vez primera, como si todo fuera por primera vez. Y pesa tanto, pesa tanto la oscuridad . . . ¿Dónde el camino, hacia dónde los pasos, cuál el cielo?

Busca un reino, su reino, el deseado, y más que el deseado sería el reino dejado. No son figuras, sin embargo, sino actos y palabras, no un reino hecho de cosas sino de idealidades, su verdadero reino, sí, para ser habitado por el ideal. De hecho ya lo guarda entre su alma, un reino de silencio y de ensoñación.

Había, en lo profundo de un oscuro bosque, un girasol. Como el sol no llegaba hasta él, habría los pétalos para sí mismo, y era como decir que se iluminaba interiormente. Al lado suyo las zarzas crecían, y lo observaban el día entero con asombro por su fuerza de espíritu, por su capacidad de creación y, más que de creación, de mantener su propio ser a solas, sin iluminaciones.

Al traspasar las puertas, todo se vuelve blanco y es despojamiento. El mundo queda atrás y sólo resta la consagración. Sin objetos ni seres, sin presencias, salvo las de los altos muros y los árboles. Las palomas son lo único vivo que puede aproximarse, ellas presencian la consagración. No rompen la armonía sino más bien ahogan la sencillez de todo, son la sencillez misma y la enseñanza. No necesitan de ningún saber pues llevan en sí mismas la sabiduría toda y compendian el cielo de la vida. Hay una en la pequeña ventana donde el hombre contempla las copas de los árboles. En ellas busca la eternidad que niega con sus ojos.



Ya casi había prescrito para él, aún el sentimiento de sí mismo. No sentía el paso de las horas e ignoraba también cómo habían pasado tantos años, cómo toda esperanza había sido

arrancada de raíz. Le quedaba el aliento, pero como algo que no quería sentir, le quedaban sus manos para apretar sus sienes con los ojos cerrados y olvidar, intentar olvidar . . . Percibía los sonidos como algo que viene de lo informe, la luz como nacida de las sombras y su ser del vacío.

Las voces de la espera son las únicas voces. ¿Recuerdas la idea de las correspondencias? Entonces, algo ha de venir, algo, seguramente, está gestándose. ¿Cuándo será el encuentro? Todo es un juego de las circunstancias.

Era la última hora, la de la agonía verdadera y real. Sabía que era el fin y sin embargo no se estaba quieto, tenía una fuerza suicida para sobrevivir, para que en él volviera a comenzar la vida, a pesar de haberse dado el fin, cumplido ya. Vivir entonces, por oposición; en caso de morir, que sea una muerte desada y así una nueva vida, y en caso de vivir, que sea después de haber cumplido con la muerte.

Una imagen, la imagen de una voz y todo es recordado, recordable. Las estancias del sueño han desaparecido, ajenas ya. Es el ocaso, el frío y el viento. Todo se hace interior y vuelve en sí, recuerdo de un presagio. Calla el tiempo, alejándose, pero la imagen sigue, seguirá . . .